

más, su capacidad de creador de suspensos. La atmósfera que pinta tiene el tinte augurante de lo maravilloso. La poesía salta a la vista, de imágenes sutilmente elegidas, sin recordar interpolaciones deliberadas. La poesía nace del relato, como con naturalidad. Veamos en *Botella en el Mar*, este fragmento:

“El hombre se sentó frente a mí dando puñetazos sobre la mesa y *su contorno se dibujó ayudado por el resplandor verde-marino* que yo suponía luz de farol o de linterna para señales. Hasta llegué a suponer que alguien alumbraba detrás de sus hombros”.

Juan Negro ha llevado a su personaje al ambiente mismo de una taberna, crea la atmósfera realista (antes dijo: “Por entre los ruidos de una pianola desafinada, por entre el humo de los cigarrillos y las pipas abriéndose paso como una embarcación de gran tonelaje... etc.”), pero en el instante mismo de la realidad cruda (“dando puñetazos sobre la mesa”) salta la chispa mágica, salta la poesía en el relato.

Realismo y poesía, en unidad de nuez, en *Botella en el Mar*, confirman las dotes magníficas de Juan Negro para crear su ficción.

*Niño de la Costa* atestigua la vena de un escritor que, con medida y en poder de una imaginación refinada, embellece la realidad, aun en un tema tan vívidamente narrado como es la vida y muerte de Perucho. Su prosa artística es una muestra decidora de sus altas cualidades de escritor que no ha traicionado al poeta.—*Luis Droguett Alfaro*.



“MONOGRAFÍA SOBRE EL PINTOR LAUREANO GUEVARA”, de  
*Jorge Letelier*

Importante es la obra de difusión de nuestros más representativos pintores que realiza el Instituto de Extensión de Artes Plásticas de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, pues, junto

con exhibir la producción de los artistas, publica estudios monográficos sobre sus vidas y que son a la vez ensayos de aproximación crítica. En el transcurso de dos años han visto la luz los destinados a Monvoisin, Bontá, Roa, Montecinos, el nuestro de Agustín Abarca, el de Burchard, Cáceres, Eguiluz, Julio Ortiz de Zárate. Acaba de aparecer la monografía destinada a la obra y vida artística del pintor Laureano Guevara, escrita por Jorge Letelier. Da ella una visión impresionista de sus años de formación y de la juventud deslumbrada por el vellocino del arte, la denominada después por la crítica *Generación de 1913*. Letelier ubica a su monografiado en esa atmósfera inquieta y su figura serena, reconcentrada, hace contrapunto con el mundillo abigarrado de los jóvenes de ese tiempo ahora recobrado por la pluma fina del artista chileno. Laureano Guevara es seguido en rápidos atisbos en su carrera y en síntesis apretada Letelier nos da un juicio sobre la obra de este valiosísimo pintor. Pero hay algo más en este estudio, tal vez demasiado breve, y es lo jugoso de su anecdotario en torno a los pintores de esa generación. Sabe Letelier animar en trazo liviano, pletórico de gracia, a sus personajes, los jóvenes que gestaban su personalidad al par con una vida intensa, nocherniega, vividora, y aquellos otros más quietecitos, los alumnos regulares de la Academia. Desfilan por estos recuerdos estampas de sabroso perfil de los compañeros de entonces: "Nosotros —dice Letelier— ¡ay!, éramos los discípulos de la enseñanza oficial, no poco inclinados a la pedantería, a descansar sobre tradiciones algo trilladas y sobre la palabra del maestro. Entre los independientes llevaban la vara alta los hermanos Lobos; los mellizos Vergara, a quien solíamos llamar *los ácratas*, a causa, sin duda, de que hablaban siempre de una revolución social, y de sus barbas y melenas que tenían algo de amenaza".

Junto a esos artista, y a los nombres de Exequiel Plaza, Arturo Gordon, Agustín Abarca, el mismo Letelier, la personalidad de Laureano Guevara va tomando contornos precisos, delineados con fineza para captar esa medida que Letelier entronca a su alta alcurnia espiritual y a su abolengo de pura cepa. El retrato que logra Letelier

del artista tiene todos los elementos prototípicos del verdadero maestro, pues no escapa a su honda raigambre espiritual la modestia, *"la conciencia artística que está diciendo siempre al que la posee: todavía no"*. Y todo gracias a *"una suerte de rubor intelectual"* que Letelier señala como una de las características de Guevara.

No olvidemos que el autor de la monografía es pintor de la misma generación y que, a más de su jerarquía en el oficio pictórico, es uno de los pocos artistas chilenos que escribe con talento, con espontaneidad no carente de sutileza. Y sabe salir airoso no sólo en estas pinceladas donde aflora la injundia criolla con un sí es no es de malicia adobada de ironía muy francesa.

No es justamente crítica sobre la obra de Guevara la que hace Letelier, y sin embargo, en su interpretación literaria se escurre segura la imagen sobre la pintura del monografiado y quedan en pie los altos valores artísticos de sus cuadros animados o transfigurados de poesía. Esa poesía de la tierra, de las flores y las cosas tan olvidada y vilipendiada por los pintores que practican un intelectualismo esterilizante. Esa poesía esencial a toda creación. De ahí la afirmación de Jorge Letelier: *"Guevara ha debido encontrar el mayor estímulo a su sensibilidad, inclinada a los aspectos de la poesía"*. Y esta poesía la descubre en la obra de Laureano Guevara en *"El tono azul, angelical, de las flores de cardo"* o en *"la llamarada de los dedos de oro, el rosa de las azucenas, o bien, la blancura o el malva intenso de los lirios"*. Pintor lírico que sabe igualmente del gozo frente al paisaje marino, tema que ha inspirado magistralmente al artista: *"...el gris de las dunas, los eucaliptus oscuros, cuyo fondo suele ser una franja de océano y un cielo amplio que, aún azul, adquiere al salir de los pinceles del artista un acento de grave melancolía"*. Cuán lejos están esos paisajes de Guevara de las marinas del mester comercial de otros pintores chilenos.

Cariñosa es la visión que nos entrega Letelier de este artista y digna de ser meditada también la imagen de la Generación de 1913, llamada por otros con excesiva insistencia *generación trágica*. Jorge Letelier nos da una idea remozada de los jóvenes artistas de aquellos

años, entre los cuales algunos llevaban una vida de jocundidad dionisiaca y otros "*ostentaban desdeñosos el nietzscheanismo de su filosofía*", como los hermanos Vergara y Bustamante. Es aquí donde Letelier difiere de las apreciaciones hechas en torno a su generación. Nos dice:

"Se suele exagerar el aspecto desarrapado y vicioso de los que entonces éramos estudiantes de arte".

Y el mentís más categórico es la personalidad del pintor Laureano Guevara y la personalidad insobornable del propio Letelier. Vienen a caer en franco descrédito las constantes psicológicas que otros han creído inalterables respecto a esta falange compleja de personalidad. Vida y obra de los artistas de la generación de 1913 esperan todavía su historia. Los aportes que Letelier nos ha dado ilumina estancias, ponen orden en ciertas penumbras e incitan a un conocimiento más íntimo de aquella época.

El buen gusto y la refinada cultura de Letelier han permitido la realización de esta estampa justa, verdadera, de su amigo Laureano Guevara, "*... pintor que dejará a su país un aporte considerable, en que los elementos de clasicismo, que son belleza, moderación y ternura, se mezclan a influencias modernas, que son espontaneidad, gracia y brillo*".

Valoración inteligente y que denota una sensibilidad ajena a dogmas. Valiosa manera de poner una vez más en evidencia la jerarquía del artista estudiado y el talento del autor de este estudio.—  
*Luis Droguett Alfaro.*

■

"LA ETERNIDAD ESQUIVA", Poemas de *Fernando González Urizar*.  
Santiago, 1957

En Ediciones del Grupo Fuego ha sido publicado el primer libro de poemas del poeta chileno Fernando González Urizar que naciera en Bulnes en 1922. Trece poemas constituyen un mensaje